MALVINAS 40 Años

SUPLEMENTO ESPECIAL

época
LA VERDAD A DIARIO



Homenaje a los héroes

Al cumplirse hoy el 40° aniversario de la guerra de Malvinas, **época** presenta una recopilación de historias de excombatientes, madres malvineras y de protagonistas del plan proyecto de identificación de cuerpos en Darwin. Esta edición es un tributo a los héroes: a los que quedaron en las islas y a los que volvieron para afrontar la dura posguerra de olvido.

Entrevistas: Gustavo Lescano / Diseño Gráfico: Erika C. Prisco Correa

EXCOMBATIENTE CORRENTINO

Las pesadillas de Mario, un artillero resiliente de la oscura posguerra

Meses antes de la guerra estaba en la fiesta de recepción de su promoción en la Industrial. De golpe se encontró camino a la guerra.

Cuando Mario Alejandro Báez menciona la palabra resiliencia sabe de qué está hablando. Lo hace desde la propia experiencia, lo hace desde su herida aún abierta, pero siempre en proceso de cicatrización.

Es uno de los tantos excombatientes resilientes, sin dudas.

Porque resiliencia es la "capacidad de adaptación de un ser vivo frente a un agente perturbador o un estado o situación adversos", según la define la Real Academia Española (RAE).

Para Mario, ese agente perturbador lo constituyó la posguerra de olvido, abandono e invisibilización.

Ese estado adverso lo generaron las pesadillas y el retumbar de los bombardeos nocturnos que afrontó en Malvinas, cada día, como un demoledor martilleo en la cabeza.

Pero esa resiliencia también fue el resultado de la contención familiar que cubrió el vacío de un Estado que le dio la espalda a los excombatientes y hasta los escondió en su regreso de la guerra.

"Me reencontré con mi familia, pero pasó un momento muy difícil en casa. No podía dormir, andaba muy irritable, muy nervioso. Estaba como desencajado", graficó.





(Sigue en página 3)

"Varios tuvieron que negar que eran excombatientes para conseguir un puesto. Éramos una bomba de tiempo".

Durante esos días muy difíciles, "hablaba con mi viejo que era con el que más tenía comunicación. Creo que por su formación militar podía manejar mejor la comunicación. No así con mi mamá y mis hermanos", recordó Mario en lo que sería "el peor momento de mi vida", tal como lo señaló en un pasaje de la entrevista.

En esos días que siguieron a su vuelta de la guerra, "no quería hablar con nadie: me venían a visitar mis vecinos, mis familiares, mis amigos de la secundaria, pero no quería ver a nadie", remarcó.

Un día, "mi viejo me llevó al hospital psiquiátrico y allí comencé una terapia con varios profesionales y tomaba medicamentos, como antidepresivos, para los nervios y esas cosas", indicó el excombatiente.

Hasta ese momento, el joven de 19 años no podía seguir los estudios superiores o conseguir un trabajo. La prioridad era recuperarse.

"De a poco me fui recuperando. Y por eso digo que la contención familiar es lo primero que te puede dar la mano en esas circunstancias que sufrimos los excombatientes. Creo que en los casos más graves, incluso en los que se llegó al suicidio, fue por falta de esa contención", remarcó el malvinero.

"Ese fue el peor momento de mi vida", reiteró y describió: "Me había volcado al alcoholismo, estaba como deprimido todo el tiempo. No podía dormir bien; me sobresaltaba cualquier ruido; me ponía nervioso y tenía reacciones muy violentas por algo insignificante".

Bombas de tiempo

"Luego de un año, cuando me recuperé bastante y como era técnico electromecánico, recibido de la Escuela Industrial y como empezaban ya a dar trabajo a los excombatientes en el Estado provincial, mi viejo tramitó una posibilidad de ingresar a la DPEC", comentó.

"Me llamaron y creí que iba a rebotar en la entrevista de trabajo como muchos de nuestros camaradas. Incluso, varios tuvieron que negar que eran excombatientes para conseguir un puesto", recordó.

"Aparentemente éramos como una bomba de tiempo en ese momento, nadie quería hacerse cargo de nosotros", advirtió Báez.

"Finalmente pasé la entrevista - agregó Mario- y a fines del 83 pude ingresar a trabajar, primero, en el mantenimiento y cambio de transformadores en la calle. Después pasé por varias áreas más de la empresa".

El excombatiente admitió también que "tuve períodos de recaída y por suerte, como yo ya conocía los síntomas propios, recurría a una consulta con el psiquiatra para desactivar todo".

Pero, además, "como cuestión personal, decidí no dejar nunca las consultas, por más que pase el tiempo. Y en eso, la resiliencia me ayudó mucho", subrayó.

Las pesadillas de Mario...

(Viene de la página 2).

Junto con otro correntino, Ramón Fernández, integró el grupo de artillería antiaérea que se había formado ese año en la base aérea militar de Mar del Plata.

Pero apenas meses antes, sobre el final de 1981, "terminé la secundaria en Capital", recordó Báez. Sin saberlo, poco después su vida cambiaría por completo.

Mario nació en Curuzú Cuatiá, pero cuando tenía seis años la familia se mudó a la ciudad de Corrientes siguiendo el itinerario de destinos de su padre militar.

El papá se llamaba Mario Antonio Báez; su madre, María Fructuosa Velazco (ambos de la capital provincial). Tiene dos hermanas que nacieron en Río Gallegos: la mayor María Patricia, la que le sigue Angélica Brunilda y un hermano más chico llamado Ricardo Ismael.

"Cuando terminé el secundario en la escuela técnica estábamos con el tema de cena de fin de año, la recepción. Después sobrevinieron las fiestas de fin de año y el 6 de enero del 82 nos incorporaron al servicio militar obligatorio", rememoró.

Con destino a Mar del Plata, Mario fue parte de un intensivo proceso de instrucción. Ya era casi abril y las cosas empezaron a ponerse un poco extrañas. "A esta altura, e incluso ya con el desembarco del 2 de abril, desconocíamos que iba a haber todo este movimiento: no teníamos accesos a los medios de comunicación", explicó.

Sin embargo, una noche les avisaron que a la mañana siguiente, a las 5, partirían al sur. Y así fue: en un abrir y cerrar de ojos ya estaban en Malvinas. Era el 3 de abril.

"Había mucho viento, agua nieve, impresionante la cantidad de gente movilizándose de un lado a otro", describió.

Luego de tomar posiciones y armar todo el armamento empezó una tensa vigilia. Hasta que "el 27 de abril tuvimos la primera escaramuza: dos aviones Harrier sobrevolaron cerca de media mañana nuestras posiciones. A uno



pudimos alcanzar con un proyectil", describió. "Después, silencio total", acotó.

El 1 de mayo comenzó el momento más aterrador para Mario y sus pares: reiterados ataques de aviones durante el día y un interminable bombardeo nocturno.

"Era constante el bombardeo. Estabas en el pozo, arrodillado, sosteniendo fuerte con las manos tu casco y esperando que caiga nomás... Te mataba, te rompía la cabeza... Porque no fue un día, sino que fueron 16", recordó aún perturbado. Luego vendría la rendición y el regreso al continente. En el aeropuerto de El Palomar, "la noche en que llegamos nos llevaron a un hangar. Allí nos hacen formar. Ya había dos oficiales y llegó un tercero: en esos momentos nos amenazaron: nos dijeron que sabían dónde vivíamos, quiénes eran nuestros familiares y que todo lo que pasó en Malvinas es secreto militar, que no podemos decir nada", señaló.

Después vendría el traslado a la base marplatense y el "aislamiento" obligatorio hasta que el 1 de noviembre le dieron la baja.

Ahí empezó el momento más bravo de la posguerra para Mario Báez, de lucha contra las pesadillas de Malvinas, de los días de furia en la casa familiar del barrio Pujol. Pero también vendrían los años de recuperación, de trabajo con sus pares en el Centro de Excombatientes del que es socio fundador.

Reconciliar el abandono



"Me cuesta mucho reconciliar el abandono del Estado cuando volvimos de la guerra, con un desfile el 2 de abril, por ejemplo", resaltó Mario Báez al explicar por qué no participa de los desfiles o lo hace muy poco. "Respeto y me parece correcto que hayan estas manifestaciones de desfile como una gratificación a lo que representó en ese tiempo un mal momento", sostuvo.

"La sociedad siempre nos trató bien, nos contuvo, nos respetó y sobre todo nos valoró", distinguió y luego remarcó: "La única bandera limpia que se mantiene hasta ahora es la causa Malvinas".

"Hoy hay que reconocer que en la provincia hay una política de Estado y el Gobierno apoya al sector", indicó.

El piloto inglés prisionero

"El único contacto que tuvimos con un inglés fue cuando uno de los Harrier que nos atacó un día fue alcanzado por nuestros cañones. Su nave se precipitó y él se eyectó y cayó cerca de la costa mar", contó Mario en otro tramo de la entrevista.

En el momento en que ven lanzarse al piloto, "va un grupo espacial a rescatarlo y lo traen hasta nuestra posición. Luego llamaron al comando informando la situación. Y poco después viene un jeep y se lo llevan. En ningún momento el piloto inglés prisionero habló. No intercambiamos palabra, no estaba herido tampoco. Más bien se encontraba como aturdido", relató.

Mario se casó en 1987 con Margarita (hoy estan divorciados) con quien tuvo tres hijos: Germán, Alejandra y Mirna.

HOMENAJE DE SU HIJO Y MÚSICO

"Mi padre Pepe Verdún, malvinero y guitarrero que honraba la amistad"

Fabio recordó a su papá fallecido hace casi siete meses. Integró el grupo que tenía el musiquero excombatiente. "Papá era un gran músico y gran defensor de la causa Malvinas", resaltó.

(Sigue en página 5)

Desde chico Fabio vivió los dos mundos de su padre, Aníbal "Pepe" Verdún: la pasión por la música y la defensa de la causa Malvinas. Siempre los dos ámbitos se complementaban para formar un sólo ser, uno que buscaba siempre el consenso y que honraba la amistad.

Así era "Pepe" Verdún y hoy, a siete meses de su fallecimiento lo recuerda su hijo, quien hasta sus últimos días lo acompañó como integrante de su grupo musical. "Papá era un gran músico y un gran defensor de la causa Malvinas", resaltó Fabio, bajista de 33 años y productor musical del último material grabado que dejó como herencia "Pepe" y que podría salir como disco en poco tiempo más.

Fabio es el único hijo de Verdún y su esposa Justina Ibarra, quienes se conocían desde antes de ir a Malvinas y quienes se casaron dos años después de volver de la guerra.

"Siempre me llevaba a las guitarreadas que se armaban cuando se juntaban con mi padrino y sus amigos. Desde chico viví ese mundo", indicó Fabio al recordarlo. "Cuando tenía cinco o seis años me enseñó a cantar y lo hacíamos en cada evento del jardín o la escuela", apuntó.

"Mi padre ya tenía su grupo de folclore cuando estaba en la secundaria y desde ese momento desarrolló una importante carrera musical solista.

A mediados de los 90 tomó más impulso la carrera musical del malvinero. "Se iban a competir en los principales festivales y así llegó a Cosquín también", acotó.

También recordó el momento en que se sumó al grupo de su padre. "Cuando salió el primer disco, que se llamó Ganso Verde, ahí grabaron un bajo, pero no tenían bajista. Cuando se hace la presentación del material discográfico, me dijo para que tocara el bajo. Le dije que si me conseguía el instrumento lo haría. Así, en dos o tres semanas, entre práctica y práctica, sacamos las canciones e hicimos la presentación en Corrientes".

Después, "grabó el último Pueblo Santa Lucía, donde hubo más producción y luego hicimos un material, bajo mi producción, que aún no está registrado porque fue algo más casero. Trabajamos en los últimos dos años y está compuesto por todas canciones de folclore: es una recopilación de temas y reversionados, cantados por él y un amigo, con todos los instrumentos aportados de mi parte, como también los arreglos", reveló.



Fabio recordó además esa inigualable simbiosis que tenía a "Pepe" Verdún como protagonista desde los escenarios malvineros, principalmente en los actos del 2 de abril o de las inauguraciones de los centros de excombatientes en distintas localidades de la provincia. "Él siempre fue un referente de la música y Malvinas. Siempre se presentaba diciendo: 'Pepe' Verdún, de Santa Lucía, excombatiente", resaltó.

Como malvinero "buscaba la unión y no generar diferencias en el sector. Trataba siempre de lograr consensos con todos. Lo que él era la música, también lo era como veterano de guerra. Con la música llevaba la bandera del excombatiente", acentuó.

El viaje a Malvinas

Verdún integró el segundo contingente de excombatientes que en 2019 regresó a las islas Malvinas. Para él fue un viaje muy especial, como para todos. En su caso fue muy especial porque en una de las viejas posiciones de combates encontraron una parte de la guitarra que llevó a la guerra y con la que cantaba los chamamamés que animaba a sus camaradas y arrancaba varios sapukái.

Y volvió distinto, con más paz interior. "Noté que regresó aliviado, como que había cerrado un ciclo", indicó Fabio. "Muchos muchachos así lo sintieron", apuntó.

"Como excombatiente, él nunca podía hacer oídos sordo si escuchaba alguna estupidez sobre Malvinas... Él defendía la causa, siempre con respeto, no generando conflictos, pero tampoco callándose", sostuvo el hijo.

"Él, hasta el último día de su vida, siguió siendo presidente del Centro de Excombatientes de Santa Lucía, nunca abandonó la entidad. Gestionaba y hacía las cosas, pero nunca lo sacaba en cara. Siempre hacía las cosas para los muchachos", distinguió.

Homenaje en casa

El acto central provincial se llevará a cabo en la tarde

"Mi padre Pepe Verdún"...

(Viene de la página 4).

de este sábado 2 de abril en la localidad de Santa Lucía. En la ocasión se vivirá un momento muy especial al recordar a "Pepe" Verdún, referente malvinero de esa ciudad y de la zona. "Estamos preparando algo muy emotivo, la verdad, y será parte directa en el acto central", anticipó Fabio hace unos días.

En este sentido, dijo que en su localidad en general y en su casa en particular persiste el legado del musiquero. En su caso, tiene las guitarras de "Pepe" como reliquias, incluso la que llevó al viaje de Malvinas hace tres años.

Finalmente, cuando se le preguntó qué título pondría a un disco en homenaje a su padre, dijo que sería "Alma y Vida". "Eso encierra lo que fue mi viejo", remarcó.

Y eso fue Verdún, un amigo de sus amigos, un tipo que siempre con la guitarra al hombro trataba de alegrar a su gente. Por eso, este 2 de abril se lo extrañará mucho. Pero seguramente el homenaje que se preparó en su Santa Lucía podrá hacer que por unos minutos se sienta su presencia sobre el escenario, como siempre lo hacía, entonando con su vozarrón Ganso Verde y cerrara con un "¡Viva la Patria, muchachos!".



El musiquero de las frías trincheras del sur



Aníbal "Pepe" Verdún falleció el 1 de septiembre del año pasado. Nació en la pequeña localidad de Cruz de los Milagros, cerca de San Lucía, y fue un exsoldado combatiente que llevó su fusil y su guitarra a las islas en 1982.

De esta manera, en los días grises y fríos, en medio de la tensa espera en las trincheras, frente a un inminente arribo del enemigo inglés, el correntino entonaba algunas zambas y un par de chamamés para animar a las tropas. Y más de un sapukái se lanzó al viento de Malvinas. "La música era como un alivio espiritual, un arma especial que llevé a la guerra", dijo "Pepe" hace unos años.

Esa música, ese "arma especial" del que habló, hizo que por unos minutos la oscuridad de la guerra se olvidara y que muchos volvieran de alguna manera a su pago, con su gente.

Cuando la humedad en las trincheras desarmó su guitarra y el rostro mortal de la guerra acalló todas las voces, "Pepe" volvió a Cruz de los Milagros. Los traumas lo alejaron de la música en los primeros años de la posguerra y sólo se dedicó a su familia, su trabajo como docente, y a curar las heridas.

En el acto de hoy 2 de abril en Santa Lucía, donde era presidente del centro de excombatientes, le rendirán un homenaje especial.

LA POSGUERRA DEL OLVIDO

Una crónica en el cuaderno, la otra terapia de Raúl

Apenas volvió a su casa después de la guerra, el excombatiente correntino escribió todo lo que vivió en Malvinas.

Un frío día de julio de 1982 sólo les dieron el documento de identidad y nada más. Así despidieron de los regimientos a los exsoldados conscriptos que participaron de la guerra de Malvinas y que pudieron sobrevivir a ese infierno de bombas, muerte y dolor.

Con la herida abierta y huérfanos de toda contención estatal, volvieron a sus casas a retomar una vida que ya no era igual y que nunca lo sería. Eran excombatientes, sin contención, librados a su suerte, arrojados a las garras de la dura posguerra del olvido.

¿Qué hacer? ¿A dónde ir? ¿Cómo convivir con esa pesada mochila cargada de tormentos que trajeron del Sur? Sólo eran jóvenes de 18, 19 y 20 años tratando de digerir el drama de la guerra en cuerpo y alma. Cada uno, como pudo, buscó "algo" que oficiara de terapia en el desafío de sobrellevar en soledad la posguerra.

Para Ciriaco Raúl Medina, el protagonista de esta historia malvinera, la vuelta al trabajo en el Mercado de Concentración -repartiendo cajones de frutas y verduras- fue lo que le dio esperanzas. A ello se sumó una valiosa contención de su familia y de quien un año y medio después sería su esposa, María Luisa Giménez.

Pero en medio, apenas regresó a la casa paterna del barrio Víctor Colas, Raúl -como más se lo conoce- tomó un viejo cuaderno y una birome azul para comenzar a escribir y describir día por día lo que vivió en la guerra.

Anotó lo que le sucedió desde principios de abril de 1982, cuando recibió el telegrama para su reincorporación al Regimiento de Infantería N°12 de Mercedes (donde había hecho la conscripción en 1981), hasta el final de la guerra y la baja que le dieron en julio del 82.

Con una memoria envidiable y prolija letra, escribió día a día cómo fue su itinerario desde el cuartel del Ejército en Mercedes hasta el cruce a las islas, los combates, la rendición y la vuelta al continente. También, la estadía en Campo de Mayo y finalmente el regreso a Mercedes, y de ahí a la capital de Corrientes.



Secuencias

El cuaderno "Campeones", con una tapa y contratapa alusivas al fútbol de principios de los 80, aún es conservado como un tesoro. Allí, volcó el momento bisagra de su vida.

"En pocas líneas, trataré de sintetizar lo que me pasó en las Islas Malvinas. Estando en mi casa, recibí un telegrama del regimiento diciéndome que debía presentarme urgente el 12 de abril de 1982. El domingo 11 partimos con destino a Mercedes, despidiéndome de mis familiares, y el lunes 12 me presenté en el cuartel", escribió en el primer párrafo de su diario de guerra.

Luego describe la partida del regimiento el 15 de abril, en tren, a Paraná, Entre Ríos, y seguidamente desde allí -en avión- a Comodoro Rivadavia. "Al día siguiente partimos a Caleta Olivia, provincia de Santa Cruz", agregó.

"El 24 viajamos destino a las Islas. Llegamos a las 12 (...) Después de armar las dos carpas, cayó una neblina impresionante. Entonces, entramos y me comí tres picadillos que me sobraron de Santa Cruz", apuntó.

Posteriormente, llegaron los primero combates: "Nos atacaron tres Harrier ingleses. Destruyeron dos aviones y mataron a seis oficiales y dos suboficiales. Esa fue la primera vez en mi vida que vi lo que era una bomba. Era 1 de mayo y no almorzamos ni cenamos. Dormimos a la intemperie y lloviznaba".

En otro párrafo, habla de la tensa vigilia y el hambre: "Esa noche me tocó hacer guardia desde las 8 hasta las 12 y después que vinieron a hacer mi relevo, me fui con otro soldado hasta la costa del mar a cazar ovejas".

Asimismo, describe una escena de guerra: "Cuando comenzaron los disparos, lo único que pensaba era en matar, porque en ese momento no importaba que me pegara una bala. Y al ver que mi compañero fue derribado, lo único que hice fue levantar el fusil de él y seguir disparando porque era demasiada la cantidad de enemigos que venía".

Tras contar cómo se dio el alto al fuego, detalla los días como prisionero de guerra, la vuelta al continente en un buque inglés hasta Montevideo, Uruguay, y de allí -en otro barco- el cruce a Buenos Aires. "Lo único que pensaba era en mis familiares", escribió Raúl.

Finalmente, especifica la estadía en Campo de Mayo y la vuelta al regimiento de Mercedes: "Me fui a la compañía donde me entregaron la ropa de civil, porque hasta las 7:00 horas nos daban tiempo para entregar la ropa de combate y el armamento".

"Bueno hasta aquí pude contar todo lo que me pasó en el sur. Raúl Medina/Clase 62", concluyó.



El viejo cuaderno en el que Raúl anotó día a día la guerra.

DOLOR INCOMPARABLE Y RECUERDO PERMANENTE

Zenona, la madre que lloró toda su vida a su hijo caído en Malvinas

Ella despidió con un beso a Roberto Verdún cuando fue a Malvinas. Hace cuatro años recién supo que el cuerpo de su hijo fue inhumado en Darwin. Ella falleció hace cuatro meses.

Tal vez en esa despedida en la humilde casita familiar del pequeño poblado de Cruz de los Milagros, Roberto Verdún presentía su destino: en Malvinas iba a dejar su vida. Uno imagina la escena y puede entender el dolor de los que lo perdieron, principalmente de su mamá, Zenona Ramírez. Una madre malvinera que lo lloró toda su vida y aunque siempre soñó con verlo regresar un día, en su fuero íntimo seguramente sabía del final, pero presentía de alguna manera su constante presencia.

Roberto fue uno de los correntinos identificados por el programa especial que llevaron a cabo los gobiernos británico y argentino a través de sus cancillerías y junto con la Cruz Roja. En ese marco, a través de exámenes de ADN se logró identificar hasta ahora más de un centenar de cuerpos inhumanos en el cementerio de Darwin, en tumbas que llevaban placas con la leyenda "Soldado argentino sólo conocido por Dios".



En el caso de Verdún, la confirmación se produjo hace cuatro años. Hasta ese momento, su madre Zenona tenía la esperanza de ver a su hijo regresar del sur con vida. Así lo recordó su hija y hermana del caído en combate, Isabel Verdún, en diálogo con época.

El excombatiente fue a Malvinas tres ser reincorporado al Ejército en donde hizo la colimba en 1981. Roberto integró las filas de la Sección 4 de Monte Caseros, en la que -casualmente- estaba su primo hermano Aníbal "Pepe" Verdún, un reconocido excombatiente y chamamecero de Santa Lucía fallecido hace siete meses.

Ambos fueron a la guerra, pero Roberto falleció en combate. Desde ese momento la familia Verdún no supo de su destino.

A 36 años de la guerra recién se pudo confirmar que su cuerpo estaba en una de las tumbas NN del cementerio de Darwin. La madre que lo lloró como nadie, más lo extrañó a partir de ese momento.

Los Verdún

Roberto nació el 19 de diciembre de 1962 en Santa Lucía y luego fueron a vivir a Cruz de los Milagros. La familia estaba compuesta por el padre Waldino Verdún, la mamá Zenona y en total eran cinco hermanos: la mayor, Yolanda Fátima; luego venía Roberto; le seguía Ramón Antonio; luego Isabel y la última Dora Beatriz.

El padre falleció en septiembre de 2017 a los 80 años y Zenona el 14 de noviembre de 2021 cuando tenía 83 años.

"Mi mamá Zenona Ramírez falleció hace cuatro meses. Y la angustia viviente de todos estos años fue la ausencia total de su hijo, lo cual padeció día a día durante estos 40 años. Siempre lo esperó a pesar de que hace cuatro años tuvo la triste noticia de que su cuerpo estaba enterrado en Darwin. Digo triste noticia porque ella tenía la ilusión de que Roberto regresara un día", contó Isabel.

"Siempre lo recordaba como un chico lindo, bueno, alegre, trabajador y que todo lo hacía por y para ella. Antes de ir a la colimba, por ejemplo, él iba a las casas de los vecinos o con mi abuela y se ofrecía a hacer jardinería para ganarse unos pesos y a todos decía: 'Esa plata le voy a llevar a mi mamá'. Así era Roberto", recordó emocionada la hermana.

Pero "lo triste fue que muchas veces mi mamá no fue reconocida. No le reconocieron como ella lo merecía, salvo desde el Estado Nacional, y murió con una tristeza porque no le dieron el lugar de ser madre de un héroe", resaltó.

Al respecto indicó que "a ella le dolía mucho cuando más de una vez se intentó solicitar -a través de los excombatientes- una pensión provincial para ella, pero siempre le dijeron que no le correspondía. Eso le dolía mucho: decía 'yo que entregué mi hijo y no me reconocen como tal'. Le molestaba mucho y le generaba mucha tristeza", insistió Isabel.

Por eso, "me gustaría que la reconozcan y la valoren como la madre de un héroe de la Patria", afirmó.

"Pero más allá de todo, nosotros, sus hermanos, estamos orgullosos de nuestro hermano y héroe Roberto Verdún", subrayó.

El orgullo familiar

En este sentido, hace dos años, Isabel posteó en su cuenta de Facebook un emotivo mensaje para su hermano caído en Malvinas:

"Sé que estarás iluminado por el fuego de tu cañón, diste lo más precioso de ti: tu vida. Siendo tan joven aún sabías que tu deber era con tu Patria, así marchaste sin darnos la oportunidad de conocerte a mis hermanos, y a mí de escuchar tu voz, de poder darnos un abrazo, de decirte cuánto te amamos. Nos quedamos solos y sin eso, solamente las anécdotas sobre vos, tus travesuras, esas que nos cuenta papá y mamá. Daría mil vueltas al sol por encontrarte y darnos ese abrazo que aún nos debemos, pero cada día estás en nuestros almuerzos, en las cenas, sentado en nuestra mesa. Porque no hay un día que nos hayamos olvidado de vos. Sos y serás nuestro orgullo: te armamos, gorrión...".

La madre siempre espero al hijo, Roberto Verdúm, caído en Malvinas.

LOS HÉROES, CUSTODIOS DE LAS ISLAS

Honor a los 53 correntinos caídos

"(La sangre) de los que dejaron sus huesos, en Malvinas y Soledad ¡Como raíz enterrada, que algún día ha de brotar...!", dice la enorme poesía del paí Julián Zini al referirse a los héroes que quedaron en vigilia. Aquí un homenaje a los correntinos caídos a 40 años de la guerra.






Juan José Acuña, Ejercito RI 4 (Sauce).
Hipólito Jorge Daniel Amarilla, Armada Crucero Gral. Belgrano (San Luis del Palmar).
Omar Alberto Avalos, Ejército RI12 (Mercedes).
Rafael Barrios, Ejército RI12 (Ramada Paso).
Ramón Cirilo Blanco, Ejército RI12 (Capital).

Bordón Héctor Ramón, Fuerza Aérea (Goya).
Rubén Isidoro Boutron, Armada Crucero Gral. Belgrano (Alvear).

Julio Antonio Cardozo, Armada Crucero Gral. Belgrano (Capital).
Antonio María Díaz, Armada Crucero Gral. Belgrano (Goya).

Raúl Horacio Dimotta, Ejército (Goya).
Carmelo Fernández, Ejército RI12 (Santa Rosa).
Remigio Antonio Fernández, Ejército RI5 (San Miguel).
José Ramón Ferrau, Ejército RI12 (Mercedes).
Diego Ferreyra, Armada BIM5 (Goya).
Carlos Alberto Frías, Ejército RI12 (Capital).

Antonio Fernando García, Armada Crucero Gral. Belgrano (Capital).
Ramón García, Ejército RI12 (Cerrudo Cué).

Mario Gómez, Ejército RI4 (San Cosme).
Raúl Adrián Gómez, Ejército RI12 (Goya).

Evaristo González, Armada Crucero Gral. Belgrano (Capital).

Osmar Luis González, Ejército RI4 (San Cosme).
Mario de Jesús Isaurralde, Armada Crucero Gral. Belgrano (Paso de los Libres).

Roberto Leyes, Armada BIM5 (Capital).
Arcelio Esteban Lezcano, Armada Crucero Gral. Belgrano (Mburucuyá).
Rubén Alberto Loreiro, Armada Crucero Gral. Belgrano (Santo Tomé).

Daniel Omar Luque, Ejército RI12 (San Luis del Palmar).

Ireneo Osvaldo Maciel, Ejército RI12 (San Cosme).

Carlos Hugo Medina, Armada Crucero Gral. Belgrano (Bella Vista).

José Alberto Méndez, Armada Crucero Gral. Belgrano (Capital).

Ramón Antonio Meza, Armada (Curuzú Cuatiá).
Guillermo Núñez, Ejército RI12 (Itatí).

(Sigue en página 9)

En la guerra que duró 74 días (33 de intensos combates) fallecieron 649 argentinos.






Honor a los 53 ...

(Viene de la página 8).









Pablo Obregón, Armada Crucero Gral. Belgrano (Capital).

Guillermo Raúl, Ejército (Capital).

Restituto Ortiz, Armada Crucero Gral. Belgrano (Paso de los Libres).

Roberto Eulalio Pérez, Armada Crucero Gral. Belgrano (Derqui).

Vicente Ramón Pérez, Ejército RI12 (Mocoretá).

Rito Florencio Portillo, Armada (San Luis del Palmar).

Segundino Antonio, Riquelme Ejército RI12 (Bella Vista, Paraje Lomas Este).

Alegre Víctor Rodríguez, Ejército RI12 (San Cosme).

Andrés Daniel Rodríguez, Ejército RI4 (Santo Tomé).

Macedonio Rodríguez, Ejército RI7 (San Luis del Palmar).

Francisco Romero, Armada Crucero Gral. Belgrano (San Lorenzo).

José Luciano Romero, Ejército RI4 (Perugorría).

Gabino Ruiz Díaz, Ejército RI12 (San Roque).

Juan Simón Sánchez, Armada Crucero Gral. Belgrano (Curuzú Cuatiá).

Roque Evaristo Sánchez, Ejército RI12 (Capital).

Higinio Segovia, Ejército RI12 (Goya).

Juan Raúl Serradori, Ejército (Curuzú Cuatiá).

Miguel Angel Tasiuk, Armada Crucero Gral. Belgrano (Liebigs).

Lorenzo Gabriel Toledo, Armada Crucero Gral. Belgrano (Capital).

Roberto Verdún, Ejército RI4 (Cruz de los Milagros).

Juan Alberto Verón, Armada Crucero Gral. Belgrano (Capital).

Marciano Verón, Gendarmería (Saladas).









Fueron a Malvinas 1.854 soldados correntinos y ocho regimientos que tenían asiento en Corrientes.

Fuente: Centro de Exsoldados Combatientes en Malvinas de Corrientes (CESCEM): www.cescem.org.ar.

EMOTIVO ENCUENTRO, DE LONDRES A CORRIENTES

En el nombre de "Cambacito": un cariño inglés a la madre malvinera

El militar británico que en 1982 se encargó de las tareas de inhumación de soldados argentinos en Darwin visitó a la mamá de Gabino Ruiz Díaz, un conscripto correntino que inspiró las tareas de identificación de cuerpos NN en las islas.



Hace 40 años era parte de ese enemigo inglés abrumador que surcó las frías colinas de Malvinas y al que se enfrentó con valentía pese a las innumerables deficiencias en las tropas argentinas. Hoy, unas manos de madre que aprietan suave, son las que perdonan y agradecen. Del otro lado, una ancha sonrisa de un hombre marcado por las arrugas de los años encima, también da las gracias con cálidos gestos y palabras en un castellano más o menos limpio, tamizado por sus raíces británicas.

Esa es la imagen central que dejó una reciente visita del militar inglés Geoffrey Cardozo, exoficial británico que al término de la guerra estuvo a cargo de las tareas para sepultar a los soldados argentinos en el cementerio de Darwin.

Uno de esos cuerpos enterrados en el campo santo de las islas fue el del correntino Gabino Ruiz Díaz. Su inhumación en una tumba NN iba a quedar sólo en eso si no fuera porque luego de más de 30 años del final de la guerra de Malvinas se acordó la tarea humanitaria -consensuada por las cancillerías de ambos países- de identificar los cuerpos del lugar.

En Darwin hay 121 tumbas que estaban desde 1982 sin nombres. Únicamente tenían una placa con la leyenda "Soldado argentino sólo conocido por Dios".

Sin embargo hasta ahora se logró identificar a casi un centenar de cuerpos y de esa manera se les devolvió la identidad. Una tarea impulsada por la Fundación "No me olvides", que contó con el acompañamiento de la Cruz Roja Internacional, de los gobiernos argentino y británico, y del Equipo Argentino de Antropología Forense.

El caso de Gabino inspiró este programa oficial, ya que fue compañero de trinchera de Julio Aro, un exsoldado marplatense que inició la campaña para identificar cuerpos de soldados argentinos enterrados en Malvinas. Así, 35 años después de su muerte en la guerra, se llegó a identificar al correntino y junto con él a decenas de argentinos más. Se hizo justicia con los héroes.

Esta labor humanitaria también generó un alivio en el alma de cada familiar de los caídos, especialmente en las madres, muy apesadumbradas al no saber qué había ocurrido con sus hijos y -muchos menos- dónde quedaron sus cuerpos para poder recordarlos en un lugar específico.

Una de ellas, Elma Pelozo, acompañó la iniciativa desde Corrientes y su felicidad fue tan inmensa cuando supo que identificaron a "Cambacito", como le decían a su hijo Gabino Ruiz Díaz. Elma vive en Colonia La Elisa, departamento de San Roque, y hasta allí llegó el jueves pasado Geoffrey Cardozo, un británico con raíces latinas en el apellido.

Viajó para conocerla personalmente y cumplir un sueño. Es que la considera su madre, tal como lo señaló sentado en el comedor de la casa de Elma, mientras tomaba un té y probaba un chipá cuerito en una mañana lluviosa en el Taragüí.

Cardozo arribó a La Elisa acompañado por el veterano de guerra Julio Aro y del realizador audiovisual Miguel Monforte, presidente y secretario de la Fundación "No me olvides", respectivamente.

"Este encuentro había sido planificado en un viaje anterior al país de Cardozo, pero no pudo concretarse al recibir él y la delegación que lo acompañaba amenazas", recordaron desde "No me olvides".

(Sigue en página 11)

"Nunca dude que tenía que llegar a mi casa, porque yo recibo a todos: soy mamá malvinera".

En el nombre de "Cambacito"...

(Sigue en página 10).

"Nunca dudé que Geoffrey tenía que llegar a mi casa porque yo recibo a todos lo que quieren venir, soy una mamá malvinera, muchos me quieren conocer y a todos les doy la oportunidad", remarcó Elma al referirse a una movida local que en marzo de 2019 impidió que el militar inglés ingresara a San Roque y finalmente tuviera que pegar la vuelta.

Luego de ese incidente, en marzo de 2020, finalmente Elma tuvo la posibilidad de viajar a Malvinas en un operativo especial (ella está en sillas de ruedas) para su traslado en helicóptero y avión. Así, la madre correntina pudo llorar a "Cambacito" al pie de la tumba de cruz blanca identificada con el nombre de su hijo excombatiente.



Mamá Malvinera

"Muchos quieren conocerme y yo les doy la oportunidad de que lo hagan. Ahora Geoffrey está conmigo, acá con Miguel y con Julito. Estoy muy orgullosa de la visita de los tres, en especial a Geoffrey, quien hizo mucho por los chicos de Malvinas. Les agradezco infinitamente", señaló Elma respecto del encuentro.

"Soy una madre cuyo hijo quedó en Malvinas, así que mi brazo es corto para abrazarles por todo lo que hicieron. Y las palabras tampoco alcanzan. Gracias a todos por venir, gracias por estar acá conmigo ahora y a mi hija Lucía que está cocinando también", señaló en un audio al que tuvo acceso **época**.

"Esto es para todas aquellas madres que saben lo que es el dolor de perder un hijo, de ser un madre malvinera, madre guerrera, madre que planta bandera y siempre pelea por su patria porque es buena argentina y correntina", indicó.

De esa manera, una feliz Elma compartió con sus visitantes una jornada especial, de lágrimas y risas, de abrazos y cariño. Disfrutaron de unos mates, un té y torta frita para luego compartir la mesa en un almuerzo criollo con un sabroso fideo con estofado.

Manos de madre

"Esto es un sueño que tengo desde hace mucho tiempo. Nunca imaginé cuando tuve en mis brazos a Gabino, antes de inhumarlo y sin saber quién era, que un día iba a encontrarme con su madre. Yo sabía claramente que tenía una mamá que lo amaba muchísimo, como mi madre a mí también, pero este encuentro es hoy un sueño en mi vida. No lo puedo creer. Ahora estoy muy cansado y no sé si es real o estoy durmiendo. Creo que es verdad", resaltó por su parte Geoffrey Cardozo en un fluido castellano, aunque con particulares tonalidades por su acento británico.

"Cuando mi mano toma la de esta mamá argentina que yo tengo, porque la mía falleció hace diez años, pues hay algo muy especial y me da una felicidad enorme. Me da una tranquilidad profunda tener su mano y de tener a este personaje (por Gabino) en mi corazón", describió.

Después de estas declaraciones continuaron con la charla íntima repasando anécdotas y siempre, en todo momento, acordándose de aquel "Cambacito" que se fue a Malvinas en el 82 pidiendo que no lo lloraran, que iba a luchar por su patria y daría la vida por ella. Y así lo hizo.

Gabino fue desde la zona rural de San Roque (donde trabajaba de peón) a Malvinas alistado como soldado del Regimiento de Infantería 12 de Mercedes.

Estando en las islas le escribió dos cartas a la madre y en la última le decía a Elma que si le pasaba algo no se preocupara, "que había jurado dar la vida y que iba a luchar por su patria", recordó en su momento una orgullosa mamá.

Hoy, a 40 años de Malvinas, el "Cambacito" está más presente que nunca en el corazón y las suaves manos de su madre Elma.







La mano de Elma tomn la de Geoffrey. Un símbolo de la visita, el encuentro y el homenaje.

HISTORIA DE DEVOCIÓN MARIANA Y ESPERANZA EN LA SIEMBRA

Entre el cielo y la tierra, la dualidad de un malvinero salvado por la fe

Pedro Molina es de Itatí y combatió aferrado al fusil y las oraciones a la Virgen. Al volver fue a la Basílica a cumplir supromesa. Hoy reparte sus días como custodio de la Patrona de Corrientes y como sembrador en su huerta superando la sequía.

Las manos de Pedro están curtidas por las sacrificadas labores en la chacra que realizó desde muy chico. Son las mismas que empuñaron el fusil en la guerra de Malvinas y las mismas que se unen en oración a la Virgen de Itatí.

Pedro Armando Molina es eso y mucho más: es presidente del centro itateño de exsoldados combatientes y uno de los custodios de la imagen de la Patrona de Corrientes y la región que suele salir de la Basílica a saludar a sus devotos en cada festividad.

La fe es el hilo conductor de la vida del malvinero, no sólo en lo estrictamente religioso, sino también en la esperanza del sembrador, de aquel que labra la tierra y espera con ansias el fruto sobreponiéndose a toda adversidad, como sequías e incendios, tal como ocurre en los tiempos actuales en el sector productivo.

Pedro es heredero de una tradición campesina que lleva en la sangre, no sólo a la hora de agarrar la azada, el rastrillo y el arado, sino en elaborar comidas típicas con la cosecha del maíz, por ejemplo. En esa herencia también se encuentra la devoción por la Virgen de Itatí, a quien rezó en las trincheras de Malvinas, por él y sus compañeros.

Mientras elevaba las plegarias en las frías noches del Sur, todos resistían con valor el embate inglés y en medio de los disparos el correntino lanzó aquella promesa a la santa Patrona para que los proteja. Por eso, al llegar sano y salvo a su casa, lo primero que hizo fue ir a rezar a la imponente Basílica.



Luego de cumplir en 1981 con el servicio militar obligatorio en el Regimiento de Infantería 12 de Mercedes, Molina regresó a los campos itateños y meses después fue convocado de nuevo por el Ejército para ir a la guerra de Malvinas en abril de 1982.

Salió de su paraje Yacarey con rumbo al Sur. En la vivienda familiar quedaron expectantes el papá Ismael, la mamá Juana y los 13 hermanos que en ese entonces tenía (luego se sumarían dos más).

"Desde chico ya trabajaba en la chacra familiar, sabía arar y todo", dijo Pedro cuando se le consultó sobre su faceta de labrador. A los 18/19 años, antes de ir a Malvinas, hacía toda actividad del campo en Yacarey. "Trabajaba con mi padre y hermano en la chacra familiar, teníamos maíz, zapallo, sandía, de todo. A la mañana temprano tenía que agarrar la mula y preparar el equipo para luego ir con el arado y trabajar todo el día", recordó.

"Lo que producíamos era para consumo familiar y para intercambio con los vecinos por otros productos. También teníamos animales, como terneros y vacas", describió.

"Siempre veíamos cómo mamá cocinaba lo que producíamos y así fuimos aprendiendo también a hacer la comida con lo cosechado. El maíz poníamos en el mortero y con el palo lo pisábamos para luego usarlo en el locro. También en la moledora poníamos maíz amarillo y hacíamos harina para hacer polenta o torta", recordó Pedro.

Luego de hacer la colimba en el 81, el itateño consiguió empleo en una arrocera de la zona hasta que en abril de 1982 llegó la convocatoria para reincorporarse al Ejército y alistarse para ir -casi en un abrir y cerrar de ojos- a Malvinas.

"Ese día que salí de mi pueblo, me encomendé a la Virgen: me fui a la Basílica a rezarle y pedirle por mi protección, que me cubra con su manto, que no me pase nada grave", indicó Pedro aún con los ojos llenos de emoción. "Al volver de las islas me fui a agradecerle", agregó Pedro y especificó al respecto: "Me acuerdo que cuando venía la peregrinación juvenil, en septiembre del 82, también me fui a la Basílica a rezar y agradecer".



Rezo en la trinchera

"Cuando estaba en el pozo de zorro en Malvinas, ya en el último combate, recé esa noche a la Virgencita para que me proteja y que no me pase nada. Recé el Rosario y al otro día amaneció y estuve a salvo", acentuó el malvinero en la charla realizada en vísperas del 40° aniversario de la guerra.

"Rezaba en momentos de silencio porque tanto nosotros como ellos hacíamos de golpe un alto al fuego para reordenarnos y descansar un poco", apuntó Pedro. "Otra noche, antes de caer prisioneros, con mi compañero Walter Rolón, que es de Bella Vista, estuvimos resguardados sobre lo que se llama un bloque. Allí rezamos el Rosario. La fe nos daba fuerzas para seguir en el combate", subrayó.

La vuelta a casa

Tras el regreso al continente, el excombatiente permaneció en cuarteles de Buenos Aires hasta que los autorizaron a volver a Mercedes. Unos días después del regreso al RI 12 le dieron la baja. Pedro volvió como pudo a su casa. Con otro compañero se las amañaron para llegar hasta la capital provincial. Allí se despidieron y Pedro tuvo la suerte de encontrar a un conocido

Entre el cielo y la tierra...

(Sigue en página 12).

de su zona, quien lo llevó con su camioneta por Ruta Nacional 12 hasta el cruce con el camino de ingreso a su paraje. En la noche caminó 16 kilómetros por la ruta vecinal hasta llegar de madrugada a la humilde vivienda de los Molina.

Todos dormían. Pedro golpeó la puerta medio temeroso y esperó tratando de contener la ansiedad. La guerra había pasado, era el momento del reencuentro y con ella la contención para otro excombatiente librado a su suerte.

"Llegué de sorpresa. Golpee la puerta y se levantó mi papá. Cuando me vio se sorprendió y junto con mi mamá no lo podían creer: fue todo un barullo en casa. Ellos no creían que estaba vivo porque durante la guerra le dijeron que yo había muerto en un enfrentamiento. Que estaba desaparecido", señaló el malvinero.

"Lloramos juntos, abrazados por la emisión: esa noche no durmió nadie", acotó.

Para cumplir su promesa, Pedro fue casi de inmediato a la Basílica. Entré solo, tranquilo, le recé a la Virgencita y le agradecía mil veces", describió.

Esos primeros años de posguerra fueron muy traumáticos para el excombatiente, sin contención sanitaria ni psicológica. "Tenía una pesadilla muy fea, que no me dejaba dormir. Esos días yo era cualquier cosa, parecía que estaba adormecido siempre, como boleado", indicó.

Esas pesadillas lo atormentaban con escenas de una guerra atroz. "No podía dormir. Mi mamá me llevaba a curanderos y a doctores. Los médicos me recetaban pastillas para dormir y los curanderos me daban remedios para tranquilizarme viste", rememoró.

Pedro también se aferró a la fe en esos momentos oscuros y de a poco las pesadillas fueron esfumándose. "Seguía yendo a la Basílica en cada festividad y le pedía a la Virgen que me pasara todos esos dolores que sentía", resaltó.



Familia y empleo

Luego de varias changas, Pedro logró conseguir un puesto en una empresa constructora. Poco después se puso de novio y se fue a vivir junto con quien luego sería su esposa, Norma Isabel Riquelme. Y tendrían después un hijo, Jorge Rubén, y dos hijas, Susana Mabel y Johana Estefanía. El primero tiene 36 años.

La familia se radicó en la zona rural conocida como "El Empalme", en el cruce de la Ruta 12 y el acceso a Itatí. En 1983, Pedro consiguió trabajo como portero de la Escuela N°778 "Aarón Anchorena" en el paraje San Benito, departamento de Itatí.

Mientras, por esos años, solía encontrarse con otros excombatientes itateños y de a poco empezaron a juntarse en el Municipio, por ejemplo, y a participar de los actos del 2 de Abril. Luego vendría la creación del Centro de Excombatientes del cual Molina es presidente desde 2013.

Con la fe al hombro

"Una vez andaba muy mal de la cintura, entonces le recé en una procesión a la Virgen y le pedí que me curara. Mi promesa fue que si me curaba de ese dolor, que no se iba ni siquiera con las pastillas que me recetó el médico, todos los 16 de cada mes iría a participar de la novena en su honor. Poco después de esa promesa fue desapareciendo el dolor", contó Pedro.

De esa manera, ya sanado y para cumplir con su promesa, participaba de la novena mensual cada 16. Como siempre lo veían participar de los actos litúrgicos, un día lo cruzó en el pueblo un hombre conocido como "Tunino" y apellidado Medina, quien lo reclutó como custodio de la Virgen, esos hombres de traje que llevan en sus hombres a la Virgen cada vez que sale de la Basílica.

"'Mirá, Molina, la Virgen te necesita como custodio de ella: ¿aceptás?', me dijo 'Tunino'. Yo le respondí de inmediato que sí. Me agarró piel de gallina en todo el cuerpo cuando me propuso eso. Fue un momento muy especial que nunca olvidaré", resaltó Pedro. Así, hace 15 años que es parte de los custodios itateños.

Al cumplirse 40 años de Malvinas, Pedro reparte sus días entre el Centro malvinero, su fe en la Virgen y esa pasión por la labor en el campo.



Un Rosario y la imagen de la Virgen

En Itatí, hasta hace poco, eran ocho excombatientes (hay varios más repartidos en distintos lugares del país), pero en 2020 falleció Beato Maciel.

En diciembre de 2013, Pedro Molina fue electo presidente y como sabían que era uno de los custodios de la Virgen de Itatí, los camaradas comenzaron a pedirles una imagen para entronizarla en sus centros.

"De esa manera decidí llevar una Virgen al lugar en que se realiza el acto central provincial del 2 de abril y luego otra cuando se inaugura el nuevo edificio de un centro del interior", resaltó el malvinero.

Ahora se alista para un viaje de vuelta a las islas. "Llevaré un Rosario y una pequeña imagen de la Virgen para que visite el cementerio donde están nuestros héroes", resaltó.

"Al volver de la guerra no podía dormir. Mi mamá me llevaba a curanderos y a doctores", recordó Molina.

RESTOS IDENTIFICADOS EN EL CEMENTERIO DE DARWIN

El duelo por los caídos y el sanador efecto de poder llorarlos en las islas

El Plan Proyecto Humanitario Malvinas se desarrolla desde hace diez años y ya identificó a 15 correntinos fallecidos en la guerra, de un total de 115 argentinos inhumados de 121 sepulturas. La iniciativa es impulsada por Nación y participan profesionales correntinos.

(Sigue en página 15)

Una postal de Malvinas es también el cementerio de Darwin, donde yacen los argentinos caídos en la guerra del 82 y en cuyas fotografías y filmaciones de las recientes visitas de los familiares se puede ver el predominio de las filas de pequeñas cruces blancas que parecen un racimo.

En una de esas imágenes, el viento parece diluirse -frío- por entre los costados de cada estructura levantada en la planicie de las islas. Sopla fuerte, mueve los cabellos y las flores en la mano, pero no puede quitar las lágrimas de madre, padre, hermana o hermano que caen al suelo pedregoso, mientras se reza o simplemente se recuerda al héroe con los ojos cerrados.

Esta escena entristece aún más si en ella aparece al pie de la cruz de esa tumba una más fría lápida con la leyenda: "Soldado sólo conocido por Dios". Allí se rinde homenaje al caído, pero no se sabe dónde están sus restos. El dolor es así más profundo.





Por eso, pensando en los familiares, se activó un programa con el acuerdo del Gobierno argentino y del inglés -con mediación de la Cruz Roja Internacional- para que se exhumaran los restos enterrados en el lugar y a través de un estudio de ADN poder identificarlos. Así, la próxima visita de su madre o hermana será ya distinta a la escena descripta en el inicio de esta nota. Su nombre en la lápida y sus restos descansando en paz cerrará un duelo en eterno proceso desde 40 años atras.

Con ese objetivo hace diez años se puso en marcha el Plan Proyecto Humanitario Malvinas para identificar a los argentinos que murieron en combate y quedaron en el Sur.

En dos fases, el Gobierno nacional impulsó el programa que ya identificó a 14 correntinos fallecidos en la guerra, de un total de 115 argentinos inhumados en 121 sepulturas.

Quedan aún siete por identificar, pero en el PPH 2 ya se sumó una nueva exhumación de seis casos, cuatro de los cuales están en proceso de identificación.

En esta labor trabaja el Equipo Argentino de Antropología Forense. Y es coordinada por especialistas de los ministerios de Justicia y Derechos Humanos, de Desarrollo Social y por la Escribanía General de la Nación.

Mariano Flores, Secretaría de DDRR: "Acabamos de notificar a familias sobre una tumba colectiva que estaba mal nominada".

Trabajo en Corrientes

La tarea multidisciplinar también contempló un trabajo específico en cada provincia en que tenían un caso por confirmar o al confirmarse uno. En Corrientes colaboraron trabajadores sociales del Ministerio de Desarrollo de la Nación, de la sede local, en un rol específico: rastrear a las familias de los caídos, sumarlas al programa y finalmente acompañarlas hasta las islas si así lo desearan.

Al respecto habló la trabajadora social Alejandra Acuña. "Con otro compañero somos parte del equipo interministerial que lleva a cabo el Plan Proyecto Humanitario de identificación de tumbas de Malvinas", se presentó. En este sentido dijo que "nuestro rol fue en primera instancia localizar a cada familia de la provincia. Y posterior a la entrevista también poder identificar si esas familias tenían algunos derechos vulnerados para atenderlos desde el Ministerio de Desarrollo Social".

"Es un trabajo arduo ya que conlleva a situaciones de angustia y de tristeza de cada familia, en la que el equipo debe respetar los tiempos de cada familia", advirtió Alejandra.

"El haber podido conocer a cada familia me permitió conocer Malvinas desde adentro. Desde cada familia, cada hermano, hermana, cada mamá y papá, que sintió que su hijo o hermano fue defender a la Patria.

Poder escuchar sus inquietudes, sus dudas, me permitió conocer la realidad de Malvinas desde otro aspecto, y creo que es el más interesante: el haberlo escuchado directamente de cada familia", afirmó.

También indicó que "como técnicos del Ministerio tuvimos la posibilidad de ir en el segundo viaje humanitario al cementerio de Darwin".

El duelo por los caídos y el sanador efecto...

(Sigue en página 15).

"La verdad que las sensaciones fueron mezcladas: por un lado tristeza, como conlleva toda la muerte de un familiar, y a la vez felicidad por la gratificación del trabajo realizado", explicó.

"Malvinas hoy, a 40 años, sigue siendo un tema sensible para nosotros como argentinos, pero me siento privilegiada de haber sido parte y seguir siendo parte de este equipo", concluyó.

El duelo

También habló de esta labor trascendental Mariano Flores, responsable del equipo interdisciplinario que tuvo a cargo la implementación del Plan Proyecto Humanitario de la identificación de los soldados argentinos. Se desempaña en la Secretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia de la Nación.

En la entrevista telefónica, Flores recordó el inicio del programa en una primera etapa, de 2013 a 2015. Luego, en la segunda fase, con el actual gobierno se hace cargo de la coordinación del PPH. "En 2016 comienzo a reunir la información de las 80 familias ya contactadas y con la enorme tarea de contactar al resto del universo de familiares. Incluso muchos que no fueron localizados. Fue un arduo trabajo. En muchos de los casos, el Estado argentino nunca había tomado contacto con ellos 35/40 años después", resaltó Flores.



Admitió que en el principio de las tareas había cierta resistencia entre los familiares de caídos por distintos motivos. "Sobre todo por la falta de información respecto del Plan Proyecto Humanitario, como saber en qué consiste, porque les decían muchas cosas que no eran ciertas", recordó.

"Nosotros siempre los respetamos porque los entendimos y yo lo planteé desde un principio hacia el interior del equipo: esto hay que entenderlo como parte de un proceso de duelo. Es un trabajo de mucho respeto y consideración de los tiempos de duelo de cada familia y cada sujeto", resaltó el funcionario nacional.

"En función de nuestro trabajo y la confianza que fuimos generando hemos allanado un camino muy importante. Muchas familias más han aportado para las muestras de ADN, otras tantas que en un primer y segundo momento no dieron la muestra, en un tercer momento sí lo hicieron".

En esta labor, "es muy importante el tema del duelo. Soy psicoanalista y pongo especial ojo en esto y, realmente, es algo que es absolutamente sanador. El efecto que uno observa es realmente sanador", insistió en el final.

Los 15 correntinos identificados en el cementerio de Darwin



Plan Proyecto Humanitario Malvinas logró identificar hasta la fecha a 15 soldados caídos en la guerra de Malvinas de la provincia de Corrientes, tanto de la capital como del interior.
La lista oficial de cada caso es la siguiente:

Ramón Alberto Ávalos (Mercedes).
José Ramón Ferrau (Mercedes).
Diego Ferreyra (Goya).
Roberto Leyes (Corrientes).
Guillermo Raúl Ojeda (Corrientes).
Andrés Rodríguez (Santo Tome).
Gabino Ruiz Díaz (San Roque).
Higinio Segovia (Goya).
Roberto Verdún (C. de los Milagros).
Ramón Cirilo Blanco (Corrientes).
Mario Gómez
Daniel Omar Luque (Corrientes).
Carlos Alberto Frías (Corrientes).
Ramón Antonio Meza (Czú. Cuatiá).
Marciano Verón (Saladas).



Un caso reciente

Marciano Verón fue uno de los últimos casos confirmados hasta ahora de identificación de restos enterrados en Malvinas. Nació y se crió en la zona rural de Saladas y tras hacer la colimba decidió ingresar a la Gendarmería en 1972: diez años después dio su vida en la guerra.

En septiembre pasado fue uno de los tres combatientes argentinos caídos en Malvinas identificados en el Plan Proyecto Humanitario. Los otros dos fueron: el subalférez Guillermo Nasif (de Misiones), el cabo primero Carlos Misael Pereyra y el gendarme Juan Carlos Treppo.

"Hace muchos años que venimos esperando esta noticia. Ahora sabemos adónde podemos ir para rendirle homenaje", había dicho a época a poco de la confirmación Jesús Verón, hermano de Marciano. "Tenemos ganas de ir a las islas", completó.

El militar británico que en 1982 se encargó de las tareas de inhumación de soldados argentinos en

DATOS FATALES QUE AFLIGEN A LA FAMILIA MALVINERA

Dolor eterno: casi 40 excombatientes fallecieron en los últimos siete años

De acuerdo a un registro de la Dirección Provincial Malvinas Argentinas, desde 2017 los exsoldados correntinos que dejaron de existir llegan a 38. El 2020 fue el año en que más cantidad de malvineros dejaron de existir: 15. Al año siguiente, en la continuidad del contexto de pandemia, fueron 6 los que murieron: casi la mitad por patologías

Cada vez que se va uno de ellos, se muere un poco la historia. Se va una voz en primera persona de un suceso trascendental, bisagra para el país: la guerra de Malvinas. Y a 40 años del inicio del conflicto bélico, hay otra estadística que duele en la familia malvinera: el fallecimiento de los excombatientes.

Cuando se miran esos registros, más duele. En 2015 se produjo el fallecimiento de un malvinero goyano y en 2017 ya fueron dos más. Si bien en el 2018 se sumó un solo caso, en 2019 ya llegaron a ser 6; pero al año siguiente se produciría la mayor cantidad de casos fatales en la provincia: 15.

El 2021, también en un contexto de pandemia, la cifra anual fue nuevamente de 9. Y en lo que va del año, son 4.

Así lo detalló un registro de la Dirección Provincial Malvinas Argentinas al que tuvo acceso diario época y que en esta 40 aniversario lo publica como homenaje a los héroes que ya no están y que se fueron hace un poco más de un lustro.

La familia malvinero los despide con dolor y honra sus nombres.



Cura, chamamecero y malvinero

También se recuerda a un gran malvinero y amigo de los excombatientes, y siempre presente con su música en los actos del sector, como los 2 de abril: el sacerdote y cantautor de chamamé Julián Zini.

El paí falleció el 17 de agosto de 2020, a los 80 años. Dejó una larga trayectoria como artista a partir del año 1970 cuando formó su primer grupo de chamamé, Los Hijos del Pay Ubre, con José Ramón Frette, Carlitos Miño, Joaquín Sheridan y Julio Cáceres, a la par incursionó en los estudios que vincularan a la música de raíz con la religión.

En 2005, Zini recibió el "Tributo a la Trayectoria" en el campo de la Cultura Popular en el Senado de la Nación.



El sacerdote y cantautor de chamamé Julián Zini falleció el 17 de agosto de 2020, a los 80 años.